

## **Domingo de Pascua: La Resurrección del Señor A2026**

Quiero comenzar esta homilía con estas palabras de San Pedro a sus compatriotas: «A este hombre (Jesús), Dios lo resucitó al tercer día y se lo hizo visible, no a todo el pueblo, sino a nosotros, los testigos escogidos de antemano por Dios, que comimos y bebimos con él después de que resucitó de entre los muertos» (Hechos 10:40-41).

Estas palabras definen todo el significado del acontecimiento que celebramos hoy. Proviene de la boca de un testigo ocular que nos cuenta la verdad de lo que le sucedió a Jesús de Nazaret: está resucitado; está vivo. Dios, en efecto, lo resucitó de entre los muertos. Le devolvió la vida. Quienes lo mataron estaban convencidos de que todo había terminado con él. Pensaban que su nombre y su enseñanza habían sido sepultados con él para siempre. Pero se equivocaron al considerar a nuestro Señor un impostor y un blasfemo. Dios lo redimió al resucitarlo de entre los muertos.

Este es el motivo de nuestra alegría y nuestra celebración de hoy. La resurrección de nuestro Señor es el acontecimiento central de nuestra fe, que ha transformado el mundo y la historia de la humanidad. Si Jesús hubiera resucitado, dice San Pablo, nuestra fe habría sido en vano. Si no hubiera resucitado, tal vez la gente hablaría de él como hablamos de figuras importantes que han marcado la historia mundial, como George Washington, Abraham Lincoln o Eisenhower, etc. Pero todo esto sería solo un capítulo en los libros de historia.

Es porque Jesús está vivo que hoy nos reunimos aquí para celebrar y miles de millones de personas en todo el mundo cantan aleluya. La resurrección de nuestro Señor nos da la seguridad de que tenemos un futuro. Podemos atravesar en este mundo muchas dificultades, conflictos, crisis y sufrimiento, pero estos no definen el sentido completo de nuestra vida. No nos dan la imagen completa de nuestra vida.

La resurrección de nuestro Señor nos recuerda que estamos destinados a un futuro brillante en la casa de Dios. Así como Jesús se hizo hombre y compartió nuestra vida, así también nosotros compartiremos su resurrección. Su resurrección de entre los muertos es la garantía de nuestra propia resurrección y la promesa de nuestra vida eterna con Dios en el cielo.

La resurrección de Nuestro Señor solo puede comprenderse mediante la fe, pues solo la fe puede ver más allá de los ojos del cuerpo humano y entender más allá de la mente humana. Así lo atestigua el Evangelio de hoy. Cuando María Magdalena y la otra María fueron al sepulcro aquel sábado, se llevaron una gran sorpresa: la piedra había sido removida, las vendas funerarias yacían en el suelo y el sepulcro estaba vacío: ¡Jesús había resucitado! Cuando el ángel se les apareció, las tranquilizó: el crucificado que buscaban ha resucitado, tal como lo había dicho. Incluso cuando Jesús mismo se les apareció más tarde, fue para confirmar lo que ya sabían: ¡Ha resucitado!

Aquel día, todo se aclaró para los discípulos, quienes comprendieron que la pasión y la muerte de Jesús formaban parte del plan de Dios para dar vida al mundo. Por supuesto, hubo dolor el Viernes Santo, con sus lágrimas y tristeza, pero eso no fue un fin en sí mismo. ¿Quién podría resistirse al poder de Dios para dar nueva vida? ¿Acaso Jesús mismo no dijo que quien cree en él no morirá jamás, y que incluso si muere, vivirá? ¿Podría realmente no aplicar esta misma enseñanza a su propia vida?

Para nosotros, los seres humanos, la resurrección de Cristo significa que nuestra muerte física no es un obstáculo para que la vida de Dios florezca en nosotros. Con el Dios de Jesucristo, ya no existen límites entre la muerte y la vida. Al igual que Cristo, cuando morimos, Dios nos da nueva vida, puesto que creemos y somos bautizados en él. Cristo mismo nos hace partícipes de su resurrección. Su resurrección es nuestra resurrección.

Esta es la buena noticia de la Pascua: que, sin importar lo que suframos en esta vida, Dios no nos abandonará en la tumba. Intervendrá a nuestro favor por su fidelidad. Entonces comprenderemos que no habríamos corrido en vano; no habríamos aceptado tanto sacrificio por nuestra fe en vano. No habríamos vivido nuestros compromisos cristianos con tanta valentía, determinación y abnegación en vano.

La Pascua nos impulsa a alzar la mirada con esperanza y a esperar con confianza nuestra redención. No importa lo que suframos, Dios nos levantará. Por eso, la resurrección de nuestro Señor nos desafía a confiar firmemente en Jesús y a esperar con ansiosa paciencia nuestra redención.

Así pues, comprendemos que hay una lección importante que debemos aprender en cada sufrimiento que padecemos. No hay Viernes Santo sin Pascua. La Pascua afirma que Dios jamás nos abandonará, que nada es imposible.

En la alegría de la resurrección, recibimos a algunos de nosotros en los diferentes sacramentos de la Iglesia. Oren por ellos, como todos oramos los unos por los otros. Llevémoslos a la luz de Cristo que disipa la oscuridad del pecado para que en él se conviertan en nuevas criaturas. ¡Felices Pascuas a todos!

**Hechos 10: 34<sup>a</sup>, 37-43; 1 Corintios 5: 6b-8; Mateo 28: 1-10**



Fecha de la Homilía: el 05 de Abril, 2026

© 2026 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20260405homilia.pdf